

entusiasmo las labores literarias y científicas interrumpidas.

Segundo.—Considéranse acreedores a nuestra real y eterna gratitud a todos los nuestros súbditos, por las manifestaciones de cordial simpatía con que en todo momento nos han favorecido y por la manera singularmente caballerosa como celebraron nuestra exaltación al trono y las fiestas estudiantiles. Gratitud igual conservamos para cuantas personas cooperaron en el éxito de los regocijos que hoy terminan.

Dado en Santa Fe de Bogotá, a los veintitrés días del mes de setiembre del año de mil y novecientos veintitrés,

Yo, la REINA

El Canciller General y Secretario de S. M.,

EDUARDO ESGUERRA SERRANO,
Marqués de San Juan de Dios

(El Tiempo, Bogotá).

La popularidad

LA popularidad de los gobernantes es entre todas la más difícil de adquirir y la más fácil de perder. Un literato conquista la celebridad con un libro o con un artículo, un sabio gana la inmortalidad con un solo descubrimiento y le basta un puñetazo sensacional a un boxeador para hacerse un héroe del mundo. El gobernante tiene que hacer su prestigio entre el pueblo progresivamente, con actos repetidos de inteligencia, con pruebas cada vez más claras de acierto. La opinión es una bestia huraña y soberbia que no se doma brutalmente. El gobernante debe ofrecerle el espectáculo constante, persistente, de la inteligencia que atrae, el asentimiento de la justicia que conquista el cariño.

Pero he ahí que esa cosa tan difícil, tan laboriosa, que es la popularidad de un gobernante, se deshace dolorosamente con un solo pecado. Acaso haya en esto una injusticia, una falta de equidad, de proporcionalidad equilibrante. Y sin embargo, tal es la verdad. La popularidad sacrifica implacablemente al gobernante, con mayor rigidez, con más crueldad que la impopularidad. No hay propiamente gobernantes que gocen de la popularidad, sino gobernantes martirizados por la popularidad.

Si existiera una oración nacional como existe un himno patrio, ella debería contener esta sencilla y trascendental imprecación: Dadnos, Señor, gobernantes que sepan conquistar la popularidad; pero no nos los deis, si ellos han de ser incapaces de conservarla. Librad a nuestros mandatarios del cuarto de hora de ofuscación.

(El Tiempo, Bogotá).

Glosas

UN HERMOSO PROBLEMA

VAMOS a acariciar uno de los problemas más interesantes de la historia de la cultura.—Acariciar un problema no vale tanto como liquidarlo o resolverlo; pero siempre es algo mejor que *dejarlo en paz*... Hable en buena hora, contra los placeres del diletante, el productor fecundo. ¿A qué objeciones tendrán derecho, ante aquél, el átono, el frígido, el perezoso?

He aquí los términos en que puede formularse nuestro hermoso problema: Como el de los modernos, el arte de los antiguos—quiero decir, clásicamente, de griegos y de romanos—produjo pinturas, produjo estatuas. Se ha perdido una parte de éstas; nos queda, sin embargo, un tesoro; desde luego, lo suficiente para que hayamos apreciado y gustado en él ciertas tendencias estéticas comunes, de influjo considerable en nuestra sensibilidad. Pero de las pinturas, muy poco es lo que sobrevive. Para ordenar, sobre su carácter y sentido, cuatro nociones, debemos hoy acudir preferentemente a referencias conservadas en los documentos literarios de la época.

Pues bien, resulta, y de ahí viene la dificultad, que la estética, explícita o presupuesta, de los textos griegos y latinos relativos a la pintura antigua *no coincide*, ni se halla siquiera en relación de proximidad, con la «lección de cosas» que hemos aprendido en los mármoles y bronce de las venerandas gliptotecas. Parecen estos escultores haberse literalmente inspirado en las doctrinas de los filósofos; aquellos pintores, en los gustos del vulgo. En los primeros, el idealismo es esencial y constante; preséntansenos los segundos inspirados por el criterio más realista, hasta límites de puerilidad. Para decirlo en fórmula dislocada—pero donde acaso se compensa lo caricatural con lo expresivo—: la estética del arte antiguo, según el testimonio de las estatuas, se asemeja a la de los artistas renacentistas, en Florencia o en Roma; según el testimonio de las estatuas, a la de los «pequeños maestros» alicortos de Amberes o de Harlem.

LAS FUENTES.

TODOS conocemos desde el colegio la famosa anécdota sobre las cosas pintadas por Apeles, a cuya perfecta imitación de lo real acudiera, engañada, la gula de los pájaros; anécdota paralela, por otra parte, a aquella de la vaca del escultor Mirón, puesta en

peligro por las ilusiones de un toro—probablemente algo oftalmópata—. Pero también hemos aprendido todos muy temprano la razón de que no tengan pupilas los ojos de tanta imagen de Hermes o de Atenea, de tanto busto de filósofo o emperador: ejemplo sacrificio del carácter y de la fugaz sentimentalidad, en aras de lo genérico y abstracto, en beneficio de una eternidad que no se marchita... Cabía, pues, esperar que se compensase y corrigiese el sentido de que aquellas anécdotas tal vez bastardas, con el que trajeran textos mejores y críticamente auténticos.

Afortunadamente, éstos ya pueden encontrarse hoy en manos de todos. Desde 1868, Juan Adolfo Overbeck, sobrino del famoso pintor idealista, había publicado en Léipzig su colección: «*Die antiken Schriftquellen zur Geschichte der bildenen Kuenste*». (¡Lástima que la inapetencia constante de nuestro Menéndez Pelayo por las artes ópticas, le hiciera desaprovechar esta fuente preciosa, en el primer capítulo de sus «Ideas estéticas», demasiado exclusivamente ceñido a las teorías sobre el hecho poético!) Muy recientemente, una nueva publicación ha venido a completar este repertorio. Poco antes de desaparecer en los campos de batalla, cuando las horas confusamente trágicas de 1914, el malogrado Adolfo Reinach completaba aquel con versiones y comentarios, que ahora, por fin, empiezan a ver la luz, en el llamado «*Recueil Milliet*», con prefacio de Salomón Reinach... El curioso dispone, pues, con facilidad extrema, de cuanto nos han dejado los escritores de Grecia y Roma sobre la técnica, la estética y la historia de las pinturas que directamente conocieron o cuyo renombre recibieron por tradición.

Apresurémonos a confesar que el conjunto de estas referencias no nos ofrece una ideología demasiado superior a la que revelan la anécdota de las uvas o la anécdota de la vaca.

CANTAN LAS FUENTES

EN estas páginas y fragmentos, el prejuicio ilusionista es constante. Se da siempre por entendido que el objeto de la pintura es el *trompe-l'oeil*. «La pintura es una imagen que expresa la apariencia del objeto—escribe Plinio—; quien dice pintura dice casi ficción (*Pictura autem dicta quasi fictura*)...» Y Filostrato, en su por otro lado admirable *Vida de Apolonio de Tiana*, hace dialogar así a Apolonio con su discípulo Damis: «¿La pintura